

de caricias, y olvidándolo todo, quedó su corazón lleno de gran regocijo.

Tal es, amados míos, el corazón de un padre de la tierra; pero ¡qué comparación ofrece con la ternura infinita del Corazón amorosísimo de Jesús para con todos los pecadores! Vedle, no ya llamando, buscando a la oveja perdida, sino cargándola gozoso sobre sus hombros después de encontrada, y luego, llegando a su casa, convoca a sus vecinos y amigos, y les dice: *Regocijaoos conmigo porque he hallado mi oveja, que se me había perdido.*

¡Oh, caridad admirable del Corazón compasivo de Jesús! El infeliz pecador, como oveja descarriada, hállese, digámoslo así, en las fauces del lobo devorador, ó sea en las garras del diablo, que rugiendo como león en la selva, intenta arrojarle al infierno; más la infinita misericordia del Pastor divino, de Jesucristo, ahuyenta al enemigo, le arrebató su presa, la cédula instantáneamente pasa a los brazos dulcísimos de Jesús, que con indecible ternura y amor la acaricia, la perdona, la abraza, la pone sobre sus hombros y la introduce en su aprisco, ó sea en los senos más íntimos de su Corazón divino. Ved aquí por qué desde el principio del cristianismo hasta nuestros días, los fieles han pintado la misericordia infinita de Jesucristo en forma de un pastor llevando sobre sus hombros la oveja perdida.

Ahora Jesús dice: *Por que he encontrado mi oveja.* Es mucho de notar que no dice: *la oveja*, ni *una oveja*, sino *mi oveja*.

Palabras de amor y de ternura que denotan la estimación en que la tiene, y que equivalen a decir: «Aleguaoos conmigo, porque se ha colmado mi dicha; ha parecido *mi* oveja, y ya nada me importan los trabajos y penas que pasé en buscarla; soy demasiado dichoso para acordarme de lo pasado; mi pérdida ha sido reparada, y por ello debéis felicitarme.

Cartas de París

(Especial para Eco de Oriente.)

Unirse para obrar, para trabajar, dirigiendo todo el esfuerzo, común y armonioso, esfuerzo que no detiene ni contraría ninguna frontera, hacia el mismo fin, fin que no es otro que el advenimiento del «Reino de Dios», advenimiento que toda la cristiandad pide diariamente en el Padre nuestro y que constituye la verdadera prosperidad y el verdadero progreso moral de las naciones de la tierra, no es, en verdad, ni nuevo ni extraordinario. La Divisa que expresaba antaño el concierto de la fuerza centuplicada: *vis unita fortior*, la unión hace la fuerza, fue oportuna en todas las épocas. Pero en el momento en que tantas ruinas deben repararse a la vez, un llamamiento a la unión y a la concordancia de todas las energías constituye una urgente necesidad. Todo cuanto pueda establecer lazos para una acción cuyo fin es en todas partes el mismo, debe a-

provecharse, y no es al presente el momento para que los pueblos se acantonen en particularismos que dispersen o debiliten las tareas que es preciso emprender. Casi en todos los países, sin distinción de territorios, estas tareas son idénticas; los problemas que se deben resolver mañana, hoy mismo, son todos de la misma naturaleza, y a pesar de la «competencia» inevitable que incita a cada grupo de naciones a perseguir intereses cuya divergencia tendería a crear conflictos, el verdadero bien de todos consiste en reconstituir en todas partes, por medio de la producción, del trabajo pacífico y de la emulación en las labores de la industria y de la explotación del suelo y del subsuelo, esas riquezas, esos elementos de vida que cuatro años de guerra en Europa y fuera de Europa han destruido.

Natural es que cada cual considere y estudie los problemas de economía social que conciernen a su propio país; pero más que nunca, después de esta tormenta que ha destruido y confundido a las naciones, existe una comunidad de puntos de vista de que no pueden dejar de imponerse aquellos que leen y comparan las sugerencias que nacen en los puntos más diversos del globo habitado.

Las antiguas «fronteras» se burlan de las distancias y de los caracteres individuales. Más cosmopolita que nunca, el hombre agita los mismos problemas, se preocupa por las soluciones y las dificultades cuya semejanza es con frecuencia evidente.

Si así ocurren las cosas en el orden puramente económico, en el cual, por lo demás, preciso es decirlo, la parte de la moral, el lugar de los «imponderables» seguirá siendo siempre preponderante, como no ha de ser más exacto todavía para esas mismas cuestiones sociales, de cruel actualidad, consideradas bajo el ángulo de las ideas y de la doctrina católica. Desde el punto de vista del Evangelio y el decálogo, de esas leyes morales, de las cuales los discípulos de La Hay han comprobado la estrecha unión con el juego de los intereses económicos, la unión, la cohesión, la convergencia de ideas, de los planes, de las aspiraciones que principios comunes dirigen, constituyen un hecho que, por poco que se reflexione, ha de considerarse lógico y natural.

Como prueba de lo que digo no tomare más que dos libros escritos en el seno mismo del conflicto, pero con el mismo pensamiento inicial y con la misma ansiedad provocada por el mañana de la guerra. Uno de ellos, de M. Henri Joly, de la Academia de Ciencias morales y políticas, se titula «L'AVENIR FRANÇAIS. — Tâches nouvelles.» Por su objeto y por su contenido, se relaciona con nuestros problemas actuales: la parte que debe tomar nuestro país en el problema de las nacionalidades, la cooperación franco-belga, los aspectos probables del arte, de la literatura, la fortuna de nuestros «tres partidos políticos», según las observaciones que, por lo demás, evolucionan diariamente: trata también sobre cuestiones especiales como el porvenir de los oficiales, de los patronos, del trabajo de la mujer, y sobre otra, más general y más profunda, sobre la moralidad pública lo que provoca un grito de alarma que no se limita a Francia; y denuncia peligros no conjurados aún, por más que el primero, el de la guerra, no tenga ya, desde el armisticio que señala la capitulación alemana, su angustiosa y sangrienta acuidad, peligros que exigen el esfuerzo que se debe hacer para disciplinar y unificar nuestra ac-

ción. En todo, llama, pide y reclama «el concurso estrecho, cordial, desinteresado, de todos los hombres de buena voluntad». Ahora bien, todas las soluciones que se encuentran en esa obra de buena fe, obra resultado de pacienzudas y largas reflexiones, convienen, a pesar del título «L'Avenir Français», a todos los católicos celosos de aplicar los principios directivos de su fe a las tareas nuevas que solicitan el esfuerzo de todo hombre que venga a este mundo.

El segundo opusculo, escrito por el abate Beaupin, *LES CATHOLIQUES FRANÇAIS ET L'APRÈS GUERRE* pertenece al mismo orden de ideas. Es un examen de los problemas de acción religiosa y moral que nos son propios mejor dicho, que constituyen nuestro deber. Estas enseñanzas las constituyen la lección del mañana y el «guía de los fieles», el manual de los hombres de acción que entienden trabajar por el bien del país en el cual les ha hecho nacer la Providencia.

No hay que cansarse, y repetir que la religión, cuyo fin es la adquisición de la vida futura, exige de nosotros, para ello, el ejercicio de nuestros deberes de ciudadanos, cada cual con arreglo a su condición. Por esta razón, establecer cambios de ideas sobre puntos de vista, unir los esfuerzos, constituir, para los católicos de todos los países que persiguen un ideal, el minimum de lo que deben hacer, es por lo menos la libertad que se deja a nuestra iglesia de ejercer su papel benéfico para mayor y mejor provecho de nuestras patrias respectivas, y así lograremos multiplicar nuestras fuerzas, centuplicar nuestra acción, usar de los saludables ejemplos y de las iniciativas paralelas de la «vida católica» en cualquier nación.

Libros como *LES CATHOLIQUES FRANÇAIS ET L'APRÈS GUERRE* y como *L'AVENIR FRANÇAIS* que constituyen, en suma, programas de acción, pertenecen, por su naturaleza y por su objeto, a los católicos del mundo entero; son objetos de cambio, de enseñanza mutua, y por esto entran en el proyecto de Unión para la acción católica que debe ser concebido y realizado para el bien de todos.

Esos libros constituyen un «colectivismo» un «internacionalismo» de buena ley que permite a los pueblos que se entiendan y colaboren por encima de las fronteras.

Eugène GRISELLE

Secretario General del C. G. P. F.

EXPOSICION INDUSTRIAL

del 7 de agosto de 1919

«Eco de Oriente» se permite proponer los siguientes temas:

A los señores armeros y mecánicos

1° Desmotadoras de algodón, a mano o mejor todavía de pedal.

2° Rifles de caza buenos y elegantes (Probáranse en el Stand del Patronato).

3° Píes para bancas de parque y de plaza.

A los señores carpinteros

1° Armario bien hecho con guardapropas, entrepaños y cajones.

A los señores talabarteros

Unos alforjones sólidos y elegantes.... etc...